

Cambios generacionales en los procesos de formación familiar: la fecundidad de las generaciones de mujeres y hombres a lo largo del siglo XX

(Generational changes in the processes of family formation: fertility in generations of women and men throughout the 20th century)

Luxán Serrano, Marta

Eusko Ikaskuntza. María Díaz de Haro, 11 - 1. 48013 Bilbao

BIBLID [1136-6834 (2006), 35; 301-332]

Recep.: 18.11.04

Acep.: 28.10.05

Análisis de la fecundidad que se apoya en dos cuestiones fundamentales: la adopción de la perspectiva longitudinal, es decir, aquella que se apoya en las trayectorias vitales; y el estudio de la fecundidad masculina, gran ausente de los estudios demográficos.

Palabras Clave: Fecundidad. Fecundidad masculina. Siglo XX. C.A.V. Familia. Demografía.

Funtsezko bi gairen gainean finkatzen da ugalkortasunaren azterketa hau: luzetarako ikuspegia hartzea, hau da, bizi ibilerak oinarri dituena; eta gizonezkoen ugalkortasunaren azterketa, azterlan demografikoetan agertu ohi ez dena.

Giltza-Hitzak: Ugalkortasuna. Gizonezkoen ugalkortasuna. XX. mendea. E.A.E. Familia. Demografía.

Analyse de la fécondité qui s'appuie sur deux questions fondamentales: l'adoption de la perspective longitudinale, c'est-à-dire celle qui s'appuie sur les trajectoires vitales; et l'étude de la fécondité masculine, grande absente des études démographiques.

Mots Clés: Fécondité. Fécondité masculine. XX^{ème} siècle. C.A.V. Famille. Démographie.

1. UNA REFLEXIÓN INICIAL

El objeto de estudio de la demografía no es otro que las constantes vitales de las personas, entendidas éstas de un modo amplio y de forma agregada. Es decir, que la demografía se ocupa de fenómenos muy cercanos a nosotras, que nos atañen íntimamente y que conforman nuestras vidas. Dicho así, puede parecer algo irrelevante, pero entiendo que tiene, al menos, dos consecuencias muy importantes y que no se pueden obviar a la hora de abordar una investigación sobre la familia.

La primera es que existe una *visión demográfica popular*, es decir, que la gente tiene una idea, que incluye una perspectiva histórica, de lo que ha sido y es el comportamiento demográfico, y de los cambios que se han producido (Luxán; 2001). A mi entender, ésta es una visión preñada de tópicos y estereotipos y muy marcada, en el caso que nos ocupa, por lo que podríamos denominar la normalización del estado de excepción, o lo que es lo mismo, por asociar la normalidad a la manera de hacer de unas generaciones que se comportaron, por lo que a la formación familiar se refiere, de un modo francamente excepcional.

La segunda es que, como ha explicitado Andreu Domingo, “*la noción de población ha pasado a ser de forma explícita o implícita un referente central en el imaginario social de nuestras sociedades*” y la demografía se utiliza profusamente como un elemento legitimador de los discursos y las acciones políticas (Domingo; 1998). En este sentido, se establecen relaciones directas entre cuestiones como la degradación medioambiental, el empobrecimiento o las migraciones internacionales y el crecimiento demográfico; así, a las mujeres se nos responsabiliza tanto de las situaciones de baja fecundidad como de la sobrepoblación, quedando los hombres al margen de estas cuestiones.

Esta noción tiene que tomar cuerpo real en el desarrollo de formas de recuento objetivas que permitan calibrar eficazmente la población y sus dinámicas. Y, ¿cómo se obtiene la información que nutre al conocimiento demográfico, ese conocimiento que se pretende predictor del futuro? La mayor parte procede de fuentes cuantitativas de datos, ya sean censos, padrones, estadísticas vitales o encuestas. No podemos dejar de señalar que las fuentes de datos demográficas son un producto de su tiempo y se interesan por unas cuestiones y no por otras, y preguntan de un modo y no de otro. En general, no se abordan cuestiones social o políticamente no aceptadas, como tampoco es frecuente que se recojan comportamientos emergentes no normalizados¹.

1. En este sentido, los prólogos que incluyen este tipo de publicaciones son reveladores: sirvan de ejemplo el Movimiento Natural de 1940 y/o la Encuesta de Fecundidad de 1977. También es significativa la transformación de las categorías de la variable nivel de instrucción a lo largo del siglo. Si el censo de 1900 recogía tres rúbricas (saben leer y no escribir, saben leer y escribir, no saben leer), en la Estadística de Población y Vivienda de 1996 se contemplan 90 categorías que, normalmente se tabulan agrupadas en siete (analfabetas, sin estudios, primarios, profesionales, secundarios, medio-superiores y superiores). Las categorías utilizadas son, en efecto, reflejo de los cambios acontecidos a lo largo del siglo en el terreno educativo.

La existencia de numerosas fuentes de datos cuantitativos puede inducirnos a pensar que contamos con información suficiente para abordar un estudio exhaustivo de la familia y la fecundidad, pero la realidad es muy diferente; entre otras cosas, los procesos de adecuación de las fuentes demográficas a los cambios sociales son lentos. Un claro ejemplo de ello es que, hasta 1991, el censo únicamente recogía información sobre la fecundidad de las mujeres alguna vez casadas, invisibilizando así la fecundidad de las mujeres solteras. Por otro lado, los cambios en el diseño de las fuentes suelen estar asociados a problemas, sobre todo por lo que a la reconstrucción de series temporales y a la comparación se refiere. Se evidencia, pues, una tensión constante entre la adecuación a los tiempos y el mantenimiento de series históricas y de la posibilidad de comparar. No obstante, esta tensión puede aliviarse: un ejemplo de ello sería la utilización de categorías *dobladas*, tal y como hace el Eustat con respecto al estado civil². Ésta es una manera de introducir nuevas realidades a la vez que se mantiene la posibilidad de reconstruir series temporales.

Pero ¿por qué tanto hincapié en las fuentes? Porque a través de ellas se construye realidad, porque se recogen un tipo de datos y no otros y porque las definiciones que se utilizan de cara a la recogida inciden y conforman los resultados. Así, la demografía entiende y analiza la familia desde el punto de vista de la cohabitación en una vivienda, la familia-hogar, concepto que se deriva del modo en que Censos y Padrones recogen la información referida a los núcleos familiares. ¿Qué pasa con las redes familiares y con la importancia que éstas pueden tener en la absorción, reorganización o creación de núcleos familiares? Otro ejemplo sería el de la formación de la pareja. ¿Cuándo se considera que se ha formado una pareja? Según el Movimiento Natural de la Población, cuando se celebra un matrimonio, según la Encuesta Sociodemográfica de 1991, cuando se ha cohabitado en una misma vivienda durante un tiempo superior al año. ¿Y aquellas parejas que no cohabitan, ya sea porque no pueden o por que no quieren? ¿No son pareja aunque compartan espacios, tiempo, recursos y relaciones familiares y no familiares? Una vez más nos topamos con los datos. Insistimos, las fuentes de datos construyen realidad, es decir, definen las cosas de una manera, recogen los datos de esa manera y nos devuelven unos resultados basados en esos datos, nos enseñan una fotografía enmarcada en las definiciones utilizadas.

2. LA FECUNDIDAD DE LAS GENERACIONES DE MUJERES NACIDAS ENTRE 1911 Y 1975

¿Cuáles son las características de la fecundidad de estas mujeres? Esa visión demográfica popular a la que nos referíamos las evoca como muy fecundas y madres jóvenes. ¿Realmente fue así o se trata de un espejismo? En cuanto a las generaciones nacidas después de 1975, ¿es su comporta-

2. A partir de 1986, el Eustat distingue entre el estado civil legal de la persona (soltera, casada en primeras nupcias, casada en segundas nupcias o posterior, viuda, divorciada y separada legal) y el estado civil de hecho (soltera no cohabitante, casada conviviendo con el cónyuge, cohabitante no casada, viuda no cohabitante, divorciada no cohabitante y separada).

miento reproductivo, en términos de indicadores, tan marcadamente diferente al de sus predecesoras o, pese que a las razones sean completamente distintas, los resultados no difieren en demasía? Nuestra hipótesis de trabajo es que, si bien existen diferencias y hemos asistido a una reducción de la fecundidad, las mujeres de este siglo no han sido tan fecundas ni madres a edades tan tempranas como nos las presenta el imaginario social. Por otro lado, y subrayando que las motivaciones sí son otras, la fecundidad de las nacidas después de 1975 tiene características comunes con la de aquéllas que no participaron en el Baby-Boom. Y es que es precisamente la centralidad otorgada al fenómeno del Baby-Boom, apoyado en la sobrerrepresentación de las familias numerosas a lo largo del tiempo, la que provoca ese espejismo, ese entender por norma aquello que ha sido excepcional.

Proponemos, a continuación, una clasificación de las generaciones de mujeres basada en las características diferenciales de los indicadores de fecundidad obtenidos a partir de la EDV97. Insistimos en que toda clasificación es artificial, en que en el seno de los grupos definidos encontramos comportamientos diversos, y en que ni los acontecimientos históricos ni las mujeres protagonistas de esta nuestra historia entienden de divisiones quinquenales. No obstante, entendemos que ésta es una manera operativa de ilustrar, a grandes rasgos, la evolución de la fecundidad generacional.

La estrategia que se ha utilizado es la de analizar la relación de las diferentes generaciones de mujeres con la fecundidad a determinadas edades (20, 25, 30, 35, 40, 45 y 50 años), ya que de esta manera podemos medir el impacto de diferentes fenómenos a lo largo de la vida y señalar las particularidades del comportamiento de nuestras protagonistas. De forma complementaria, se facilitará información referida a la nupcialidad de dichas cohortes.

Las generaciones 1911-15, 1916-20 y 1921-25

Del estudio de la proporción de casadas se concluye que las generaciones nacidas entre 1906 y 1920 eran generaciones cuya nupcialidad se vio afectada por la crisis del 29, la agitación política, el advenimiento de la república y la guerra civil, lo que se tradujo en una muy baja intensidad nupcial antes de los 30 años. Así mismo, la generación 1921-25, junto con la 1926-30, se caracteriza por ser una generación de transición, protagonista de una cierta recuperación de la nupcialidad, pero sin alcanzar la intensidad de generaciones posteriores.

Por lo que respecta a la fecundidad, una de las características de estas generaciones es la proporción de mujeres infecundas. Efectivamente, la proporción de mujeres de más de 25 años sin hijos es significativamente superior a la de generaciones posteriores. Así, por ejemplo, el 17,2 por ciento de las mujeres de la generación 1916-20 no tenían, a la edad de 50 años, ningún hijo. Evidentemente, esta cifra cabe relacionarla con los altos porcentajes de soltería de las mujeres de estas generaciones, mujeres que tenían entre 16 y 20 años cuando estalló la guerra civil y cuyas trayectorias

Tabla 1. Descendencia media alcanzada por las generaciones de mujeres a diversas edades. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1997

Todas las mujeres							
	20 años	25 años	30 años	35 años	40 años	45 años	50 años
1911-15	0,06	0,42	1,11	1,90	2,39	2,56	2,57
1916-20	0,03	0,41	1,22	1,96	2,38	2,57	2,60
1921-25	0,02	0,41	1,22	2,01	2,46	2,67	2,70
1926-30	0,02	0,36	1,21	2,03	2,50	2,62	2,63
1931-35	0,03	0,37	1,34	2,16	2,54	2,64	2,65
1936-40	0,04	0,60	1,65	2,33	2,64	2,70	2,70
1941-45	0,04	0,62	1,68	2,22	2,41	2,44	2,44
1946-50	0,05	0,67	1,61	2,06	2,20	2,21	-
1951-55	0,08	0,66	1,37	1,70	1,82	-	-
1956-60	0,08	0,46	0,96	1,37	-	-	-
1961-65	0,07	0,25	0,62	-	-	-	-
1966-70	0,03	0,13	-	-	-	-	-
1971-75	0,02	-	-	-	-	-	-

Fuente: Luxán, Marta (2000).

Tabla 2. Descendencia media alcanzada por las generaciones de mujeres alguna vez casadas a diversas edades. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1997

Mujeres alguna vez casadas							
	20 años	25 años	30 años	35 años	40 años	45 años	50 años
1911-15	0,07	0,46	1,22	2,09	2,62	2,81	2,82
1916-20	0,03	0,45	1,36	2,19	2,67	2,88	2,90
1921-25	0,03	0,45	1,36	2,23	2,73	2,96	2,99
1926-30	0,02	0,39	1,32	2,22	2,73	2,86	2,87
1931-35	0,03	0,40	1,44	2,33	2,73	2,84	2,85
1936-40	0,04	0,63	1,74	2,45	2,78	2,84	2,84
1941-45	0,04	0,67	1,79	2,37	2,57	2,61	2,61
1946-50	0,05	0,71	1,71	2,19	2,34	2,35	-
1951-55	0,08	0,72	1,48	1,83	1,96	-	-
1956-60	0,09	0,54	1,12	1,60	-	-	-
1961-65	0,09	0,34	0,85	-	-	-	-
1966-70	0,06	0,29	-	-	-	-	-
1971-75	0,02	-	-	-	-	-	-

Fuente: Luxán, Marta (2000).

de formación familiar se vieron muy afectadas por la misma. No obstante, si miramos ahora el porcentaje de mujeres alguna vez casadas, veremos que, a los 50 años, el 7,7 por ciento de las mujeres nacidas entre 1916 y 1920 no habían tenido ningún hijo. Comparemos esta proporción con el 3,3 por ciento de mujeres alguna vez casadas de la generación 1941-45.

Fijémonos ahora en la descendencia media alcanzada por estas generaciones. Tanto la descendencia final alcanzada por las mujeres casadas como por las mujeres en general aumenta ligeramente cuanto más moderna es la generación. Pero lo que es realmente interesante es la magnitud del incremento de la descendencia entre los 35 y los 40 años y los 40 y los 45 años. Así, el número medio de hijos de las mujeres nacidas entre 1911 y 1915 aumentó, entre los 35 y los 40 años, en 0,54 hijos por mujer. Para la generación 1951-55, el aumento no alcanzó el 0,15 hijos por mujer. Es decir, que estamos ante unas generaciones de mujeres entre las cuales la maternidad sigue siendo algo vigente a partir de los 35 años, e incluso de los 40 años; reflejo de ello es el aumento, entre los 40 y los 45 años, de la descendencia media de las mujeres nacidas entre 1921 y 1925: 0,23 hijos por mujer.

Por otro lado, y siempre según los datos de la EDV97, la edad media al primer nacimiento es de 27,6, 27,4, y 27,5 años, para las generaciones 1911-15, 1916-20 y 1921-25 respectivamente. Así mismo, el intervalo protogenésico alcanza, en el mismo orden generacional, los 26,2 meses, 22 meses y 22,2 meses. Se trata de intervalos más largos que los registrados por las mujeres nacidas en el período 1926-1950.

En definitiva, estamos ante un grupo de generaciones de mujeres que se casaron y tuvieron su primer hijo a una edad relativamente elevada, y para las que transcurrieron aproximadamente 2 años entre ambos eventos. Ya hemos señalado los efectos de la guerra civil en las trayectorias de algunas de estas generaciones, por un lado se postergan los procesos de formación familiar y, por otro, desaparecen buena parte de los posibles consortes, lo que tiene claros efectos en la soltería femenina.

Además, a la edad de 50 años el número medio de hijos de estas mujeres oscilaba entre 2,6 hijos, si nos referimos al total, y 2,8 ó 3 hijos, si nos referimos a la descendencia media de las mujeres alguna vez casadas. Poco que ver tienen estas cifras con la imagen de la omnipresencia de las familias numerosas. Bien es cierto que se trata de medias y que los porcentajes de soltería definitiva así como los de infecundidad marital indican que, efectivamente, las que eran madres tendrían, por término medio, más de tres criaturas. No obstante, es importante reiterar que esa imagen no se corresponde con los datos de que disponemos.

Por último, señalar que se trata de generaciones cuya fecundidad no se concentró en determinados momentos de la vida, destacando los aumentos relativos de la misma a edades "avanzadas". Como puede observarse en la tabla 1, la importancia de la maternidad después de los 40 años desciende a medida que las generaciones son más modernas y, por lo tanto, puede considerarse una característica diferencial del comportamiento fecundo de estas mujeres.

Tabla 3. Proporción de mujeres sin hijos a edades exactas, según generación. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1997

Todas las mujeres							
	20 años	25 años	30 años	35 años	40 años	45 años	50 años
1911-15	94,7%	73,1%	42,0%	23,5%	17,5%	16,3%	16,3%
1916-20	97,5%	70,5%	37,1%	23,7%	19,3%	17,4%	17,2%
1921-25	97,8%	72,8%	37,9%	23,4%	18,5%	16,5%	16,5%
1926-30	97,9%	75,0%	36,3%	20,0%	15,3%	14,0%	13,9%
1931-35	97,5%	74,1%	30,6%	17,5%	13,2%	12,5%	12,5%
1936-40	96,8%	58,6%	20,0%	11,5%	9,1%	8,6%	8,6%
1941-45	96,8%	58,3%	18,9%	11,5%	9,9%	9,4%	9,4%
1946-50	96,1%	53,7%	19,6%	11,2%	9,4%	8,9%	-
1951-55	93,7%	54,7%	24,3%	16,5%	13,8%	-	-
1956-60	92,9%	65,4%	37,5%	21,8%	-	-	-
1961-65	94,2%	80,7%	57,0%	-	-	-	-
1966-70	97,1%	89,2%	-	-	-	-	-
1971-75	98,4%	-	-	-	-	-	-

Fuente: Luxán, Marta (2000).

Tabla 4. Proporción de mujeres alguna vez casadas sin hijos a edades exactas, según generación. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1997

Mujeres alguna vez casadas							
	20 años	25 años	30 años	35 años	40 años	45 años	50 años
1911-15	94,2%	70,5%	36,4%	16,0%	9,4%	8,1%	8,1%
1916-20	97,3%	67,2%	30,0%	15,0%	10,1%	7,9%	7,7%
1921-25	97,6%	69,8%	31,3%	15,2%	9,7%	7,5%	7,5%
1926-30	97,9%	72,8%	30,7%	12,9%	7,7%	6,3%	6,2%
1931-35	97,4%	72,1%	25,4%	11,5%	6,9%	6,1%	6,1%
1936-40	96,7%	56,3%	15,9%	6,9%	4,5%	3,9%	3,9%
1941-45	96,6%	55,5%	13,5%	5,5%	3,8%	3,3%	3,3%
1946-50	95,9%	50,8%	14,7%	5,8%	3,9%	3,6%	-
1951-55	93,6%	50,6%	17,4%	9,0%	6,0%	-	-
1956-60	91,7%	59,6%	27,0%	9,2%	-	-	-
1961-65	92,1%	73,8%	41,2%	-	-	-	-
1966-70	93,9%	76,1%	-	-	-	-	-
1971-75	86,5%	-	-	-	-	-	-

Fuente: Luxán, Marta (2000).

Las generaciones 1926-30 y 1931-35

Si las generaciones 1921-25 y 1926-30 pueden ser consideradas como generaciones de transición, por lo que a la nupcialidad se refiere, en el caso de la fecundidad la transición la han protagonizado las generaciones de 1926-30 y 1931-35. Pero ¿cuáles son los aspectos que nos llevan a tildarlas de transicionales? Uno de los motivos sería la evolución del porcentaje de mujeres sin hijos. Este porcentaje, que a los 20 y los 25 años es similar al de las generaciones anteriores –se trate de mujeres casadas o del conjunto de las mujeres– es claramente inferior a partir de los 30 años. Es decir, que estas generaciones empiezan a protagonizar los dos fenómenos a los que Julio Pérez³ atribuye la explicación del espejismo temporal del crecimiento de la descendencia final: la reducción de la soltería definitiva y de la infecundidad matrimonial.

Los datos relativos a la descendencia media alcanzada apuntan en la misma dirección: siendo la descendencia final del conjunto de mujeres superior a la de generaciones anteriores, es, precisamente, a partir de la generación 1926-30 cuando comienza a descender la descendencia final alcanzada por las mujeres alguna vez casadas: aumenta la proporción de mujeres que son madres, pero tienen un número menor de hijos. Por lo que respecta a la edad media a la maternidad se sitúa entre los 30 y los 31 años, y disminuye la edad media tanto al primer como al último nacimiento (algo más de 27 en el primer caso y entre 34 y 35 en el segundo). Además, en el caso de la generación 1931-35, aumenta el porcentaje de primeros nacimientos concentrados antes de los 30 años, siendo ésta otra de las pautas que nos llevan a definir a este grupo de generaciones como transicionales, ya que esta concentración se incrementará entre las generaciones inmediatamente posteriores.

Por lo que a la duración de la constitución de la descendencia se refiere, es menor que la correspondiente al grupo generacional que le precede, destacando la disminución del intervalo protogenésico.

Todas estas cuestiones subrayan el carácter transicional del comportamiento fecundo de estas generaciones, protagonistas de un cierto rejuvenecimiento de la edad a la maternidad y una tendencia a la concentración de los eventos, tendencias que serán muy acentuadas por aquellas mujeres nacidas en el período 1936-1950.

3. Pérez, Julio (2001). *Las generaciones españolas 1906-1945. Estudio sociodemográfico de sus recorridos generacionales y sus características en la madurez*. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Educación a Distancia.

Tabla 5. Edad media al primer y al último nacimiento, según generación. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1997

	Todas las mujeres				Alguna vez casadas			
	Primero		Último		Primero		Último	
	Media	Desv.	Media	Desv.	Media	Desv.	Media	Desv.
1911-15	27,57	5,12	34,45	5,67	27,57	5,12	34,45	5,67
1916-20	27,41	4,92	34,68	5,93	27,43	4,92	34,75	5,88
1921-25	27,47	4,97	35,06	5,72	27,47	4,98	35,07	5,72
1926-30	27,62	4,66	34,29	5,09	27,64	4,65	34,31	5,06
1931-35	27,12	4,34	33,86	4,81	27,12	4,34	33,87	4,81
1936-40	25,97	3,81	32,57	4,78	25,95	3,79	32,57	4,79
1941-45	25,64	3,74	31,31	4,61	25,63	3,73	31,30	4,60
1946-50	25,43	3,82	30,44	4,11	25,39	3,75	30,42	4,09
1951-55	25,30	4,31	29,58	4,55	25,31	4,32	29,60	4,53
1956-60	26,23	4,69	29,88	4,68	26,21	4,68	29,90	4,67
1961-65	26,98	4,42	29,48	3,74	27,01	4,41	29,55	3,69
1966-70	25,03	3,64	26,04	3,22	25,17	3,56	26,23	3,05
1971-75	21,21	2,87	21,71	2,80	21,56	2,68	22,29	2,45

Fuente: Luxán, Marta (2000).

Las generaciones 1936-40, 1941-45 y 1946-50

Si las generaciones nacidas entre 1936 y 1955 fueron las protagonistas de la más temprana nupcialidad el siglo, las nacidas entre 1936 y 1950 destacan por ser las mujeres con el menor porcentaje de infecundidad a partir de los 30 años. Así mismo, las mujeres de la generación 1936-40 aparecen como las que han alcanzado una mayor descendencia a partir de los 35 años, coincidiendo a los 50 años coinciden con las de la generación 1921-25, con 2,7 hijos por mujer. La descendencia media alcanzada por las dos siguientes generaciones responde al siguiente patrón: se incrementa la importancia en las edades más jóvenes, disminuyendo en las mayores. De este modo, la generación 1941-45 presenta descendencias medias superiores a la 1936-40 (y anteriores) hasta los 30 años inclusive; la siguiente, 1946-50, hasta los 25. Ambos valores, el 1,68 hijos por mujer acumulados a los 30 años por las nacidas entre 1941 y 1945 y el 0,67 hijos de media que presentaban las mujeres de la generación 1946-50 a los 25 años son los máximos registrados por el conjunto de las generaciones estudiadas en esas edades concretas. Es decir, que el calendario reproductivo se está concentrando, reduciéndose los incrementos a partir de los 30 años a medida que examinamos generaciones más modernas.

Como puede observarse en la Tabla 4, en el caso de las mujeres casadas sucede lo mismo, tratándose siempre, eso sí, de descendencias mayores.

Fijémonos ahora en la Tabla 5. Si el conjunto de generaciones anteriores se situaban por encima de los 27 años, las mujeres nacidas entre 1936 y 1950 fueron madres, por término medio, entre los 25,5 y los 26 años, coincidiendo que las generaciones más antiguas presentan edades ligeramente superiores. A excepción de la generación 1951-55 y de otras cuya andadura no nos permite utilizar la edad media como una medida de fecundidad adecuada, éstas son las generaciones que tuvieron su primera criatura, por término medio, más jóvenes. Son, así mismo, aquellas cuyo intervalo protogenésico ha sido más corto. Cabe relacionar todo ello con el aumento de los embarazos prenupciales, cuestión sobre la que ahondaremos al estudiar a las mujeres más jóvenes.

Tabla 6. Duración de la constitución de la descendencia (en años), y del intervalo protogenésico y los intervalos genésicos (en meses), según generación de la madre. CAE, 1997

	Des. General		Des. Matrimonial		Intervalo protegenésico e intervalos genésicos				
	Media	Desv.	Media	Desv.	Protogenésico	2º orden	3º orden	4º orden	> 4º orden
1911-15	8,5	5,3	8,3	5,0	26,24	38,67	46,75	37,55	35,73
1916-20	8,8	5,2	8,7	5,2	21,98	39,34	43,67	40,70	40,87
1921-25	8,7	5,4	8,4	5,2	22,21	39,39	44,29	42,38	36,87
1926-30	7,7	4,8	7,5	4,6	19,61	37,96	40,41	43,53	35,15
1931-35	7,5	4,7	7,5	4,5	18,77	38,35	43,24	40,93	36,51
1936-40	7,3	4,6	7,3	4,5	17,47	37,01	45,56	43,22	39,10
1941-45	6,5	4,2	6,5	4,2	17,44	35,61	46,66	46,42	38,88
1946-50	5,8	3,6	5,8	3,6	18,60	40,15	46,07	43,94	43,45
1951-55	5,5	3,4	5,3	3,1	22,57	46,03	48,79	43,33	38,21
1956-60	5,1	3,0	5,0	2,9	28,22	52,24	51,31	45,52	32,10
1961-65	4,7	2,9	4,5	2,7	29,81	50,23	42,36	38,67	31,07
1966-70	4,1	2,1	3,8	2,0	24,63	44,94	27,53	33,28	-
1971-75	2,7	1,0	2,8	1,2	17,96	31,75	15,00	-	-

Fuente: Luxán, Marta (2000).

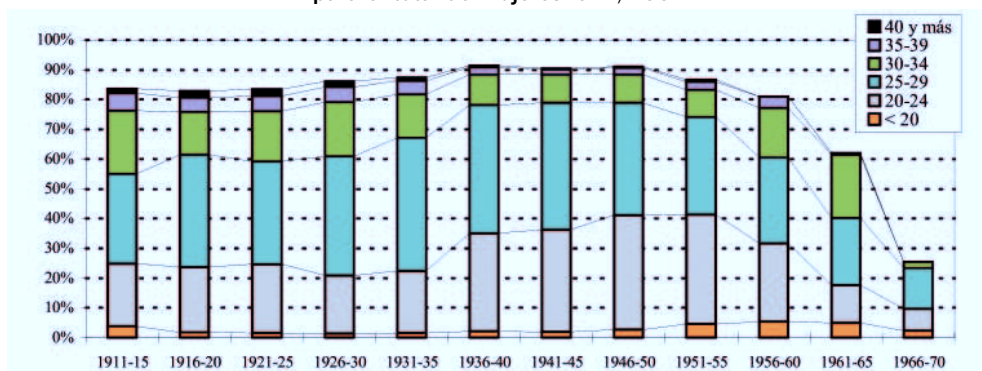
En resumen, que estamos ante un conjunto de generaciones que se casaron bastante jóvenes y tuvieron su primer hijo alrededor de un año y medio después, es decir, al poco tiempo de contraer matrimonio. En efecto, son generaciones caracterizadas por lo relativamente temprano de su calendario fecundo, así como por la concentración temporal del mismo, características que propiciaron el famoso Baby-Boom.

Las generaciones 1951-55 y 1956-60

Su juventud transcurrió entre la transición y el asentamiento de la democracia, generaciones de mujeres que fueron protagonistas de eso que ha venido a llamarse revolución sexual y que se traduce en las mayores descendencias acumuladas a los 20 años. Pero también han sido las protagonistas de un aumento considerable del intervalo protogenésico, es decir, que ha aumentado el tiempo transcurrido entre la formación de la unión (la boda, en este caso) y el nacimiento de la primera criatura. ¿Cómo pueden conjugarse ambos comportamientos? Una vez más habremos de insistir en que no se trata de grupos homogéneos y, en este caso, pareciera que algunas se hubiesen decantado por una fecundidad temprana (la edad media al primer nacimiento de la generación 1951-55 es la menor de entre todas las generaciones estudiadas), mientras otras permanecían sin hijos hasta edades avanzadas, estuviesen o no estuviesen casadas. Cabe afirmar que la generación 1951-55 es a la fecundidad lo que la generación 1956-60 era a la nupcialidad, una generación a caballo entre el calendario cada vez más temprano y concentrado de las anteriores y el más tardío y disperso de las posteriores. En este sentido, podríamos afirmar que aquella coyuntura desfavorable (crisis económica, aumento del precio de la vivienda etc.) que no había afectado a la generación 1951-55 por lo que a la constitución de la pareja se refiere, sí habría tenido cierta influencia en la constitución de la descendencia. En el caso de la generación 1956-60 las consecuencias se habrían dejado sentir en ambos procesos.

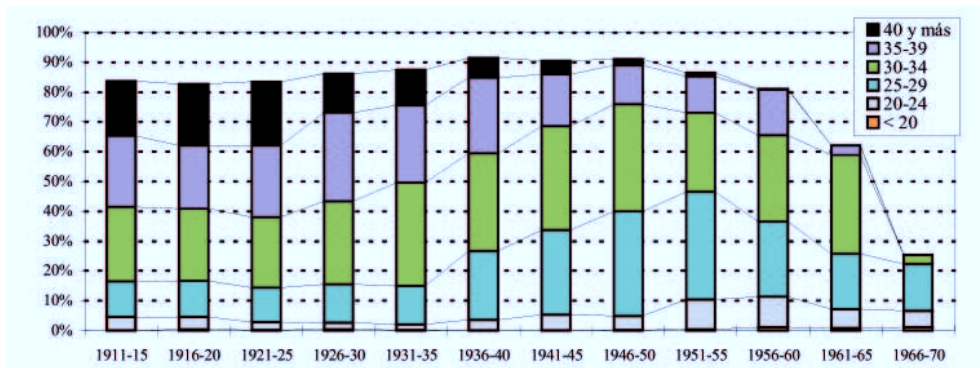
En cuanto a las generaciones posteriores, presentan las menores descendencias acumuladas a edades tempranas y un aumento importante de la proporción de mujeres sin hijos; es decir, que cada vez se posterga más la fecundidad. No obstante, todavía es demasiado pronto para emitir un veredicto sobre unas generaciones con buena parte de su vida fecunda por delante, si bien cabe esperar que las edades medias sean las más altas del conjunto de generaciones aquí estudiadas y que haya una concentración de la distribución de la misma a partir de los 30 años.

Gráfico 1. Distribución de la edad a la primomaternidad, según las generaciones y para el total de mujeres. CAE, 1997



Fuente: Luxán, Marta (2000).

Gráfico 2. Distribución de la edad al último nacimiento, según las generaciones y para el total de mujeres. CAE, 1997



Fuente: Luxán, Marta (2000).

3. ¿QUÉ SABEMOS DE LOS HOMBRES?

En otros trabajos se ha demostrado que el estudio de la fecundidad masculina, desde una perspectiva demográfica, brilla por su ausencia aún en nuestros días. Si, emulando a Cott Watkins, todo lo que sabemos sobre la fecundidad masculina fuese aquello que hemos leído en las revistas especializadas de demografía, poca cosa podríamos decir: la fecundidad parece haber sido y ser única y exclusivamente cosa de mujeres. Todos los indicadores de fecundidad, a excepción de la tasa bruta, se refieren a las mujeres y/o a las madres. Ni la edad de los padres, ni el número medio de hijos por hombre, ni el orden de nacimiento referido al padre parecen tener el mínimo interés. Es decir, o se está dando por supuesto que no existen diferencias entre el comportamiento reproductivo de mujeres y hombres, o se está interpretando que estos últimos son meros inseminadores, sin deseos, responsabilidades ni capacidad de decisión por lo que a la reproducción se refiere. La primera hipótesis parece desmentirse desde la misma demografía, puesto que sí suelen incluirse indicadores como la edad media de los hombres al matrimonio o la unión, o la diferencia de edad entre los cónyuges en los estudios sobre fecundidad. La segunda, no parece muy verosímil en un mundo en que la familia es uno de los pilares de la organización social.

Por otro lado, esta ausencia es aún mayor en el caso de los países desarrollados. A mi entender, y habida cuenta de las transformaciones acaecidas en los procesos de formación familiar de los países desarrollados en las últimas décadas, la importancia del estudio de la fecundidad masculina habría aumentado, puesto que ha supuesto, entre otras cosas, la proliferación de las segundas uniones y el incremento de la heterogeneidad de las biografías de formación familiar, y parece lógico pensar que algunas de las pautas se articulen en torno a cuestiones de género. Por ejemplo, la idea de que los hombres tienen mayor descendencia en el seno de segundas

uniones que las mujeres es un lugar común entre las personas dedicadas al estudio de la población. En este sentido, el estudio de la fecundidad masculina ayudará a comprender la evolución de la fecundidad en una época en que las relaciones de género en el seno de las parejas están experimentando transformaciones importantes, y en la que las actitudes y deseos de unos y otras no tienen por qué ser coincidentes.

Además, Coleman (1995) dice que hay razones para pensar que los patrones de fecundidad de mujeres y hombres son y han sido históricamente diferentes, refiriéndose, por ejemplo, a la incidencia diferencial de la soltería. Por lo que a la CAV se refiere, se ha constatado que las mujeres nacidas entre 1881 y 1926 permanecían solteras en proporciones superiores a los hombres, apreciándose una inversión de esta tendencia entre las generaciones nacidas a partir de 1926. Un cambio de esta magnitud tiene necesariamente que influir de alguna manera en la fecundidad, cuestión que puede abordarse mediante la reconstrucción de indicadores longitudinales de fecundidad masculina, indicadores que permiten la comparación generacional.

Pero, además de avanzar en el conocimiento y la comprensión de lo que sucede en nuestra sociedad, el estudio de la fecundidad masculina implica el reconocimiento de que la fecundidad también es cosa de hombres, superándose estereotipos, a la vez que se amplían las perspectivas de análisis de la demografía.

Por otro lado, tradicionalmente se han incluido algunas variables masculinas en el análisis de la fecundidad: son las referidas a la instrucción y la relación con la actividad de las parejas de las mujeres estudiadas. Efectivamente, existe una sólida tradición teórica que enfatiza la posición económica de los hombres como determinante de la posibilidad de establecer un hogar autónomo, por encima de unos niveles mínimos socialmente aceptables. Esta tradición teórica, que subyace en buena parte de la investigación demográfica de las sociedades occidentales, no ha tenido, sin embargo, excesiva traducción empírica. Es decir, que si bien la posición socioeconómica de los hombres se ha considerado determinante de la nupcialidad (y por tanto, en muchos casos, de la fecundidad) el énfasis se ha puesto en el análisis del comportamiento demográfico de las mujeres.

Desde una posición muy diferente, siguiendo la corriente de pensamiento parsoniana, Becker formula su teoría y explica que el incremento de la participación laboral de las mujeres tiene un impacto irreversible en la familia, y que, por lo que respecta a la fecundidad, la mayor parte del coste de los hijos es consecuencia de un coste indirecto, el del tiempo de la madre. El aumento de los salarios femeninos conlleva, indirecta pero irreversiblemente, el incremento del coste de oportunidad de los hijos. Aún más, la disminución de la fecundidad supone una disminución del deseo de formar una pareja, puesto que la descendencia es la mayor fuente de capital específicamente matrimonial, y su reducción implica la disminución de las ganancias que se obtienen contrayendo matrimonio. Parece, una vez más, que el quehacer de los hombres no importa demasiado.

Pero la hipótesis de la creciente independencia femenina no sólo ha sido utilizada por investigadores que suscriben estas tesis. Incluso entre las críticas feministas a la justificación parsoniana de la división sexual del trabajo, la lectura de la incorporación de la mujer al mercado de trabajo como desestabilizadora del matrimonio y desencadenante del descenso de la fecundidad ha jugado un papel fundamental.

Veamos ahora otros puntos de vista. Desde la demografía histórica, Rowland (1988) ha apuntado la necesidad de estudiar la responsabilidad de ambos cónyuges en el establecimiento de las condiciones que posibiliten la independencia. Este autor insiste en que únicamente un análisis que contemple el papel jugado por ambos cónyuges puede explicar las diferencias entre los patrones nupciales de diferentes regiones de la Península Ibérica durante el siglo XVII. También Oppenheimer (1994 y 1997) ha contribuido en este sentido, arguyendo que la centralidad otorgada a la posición económica de las mujeres tras la segunda guerra mundial ha derivado en la ignorancia de los efectos que el deterioro de la posición económica de los hombres jóvenes ha podido tener en los procesos de formación familiar.

Mi trabajo se apoya en este tipo de teorías, es decir, que opino que la formación familiar, en general, y la fecundidad, en particular, dependen de las expectativas de vida de mujeres y hombres, de sus proyectos, aspiraciones y posibilidades. En este sentido, siguiendo a Oppenheimer, parto de la idea de que una pareja de índole igualitaria es una estrategia de supervivencia más adecuada a nuestros días y de una hipótesis de carácter opuesto a la de Becker: sostengo que, hoy en día, existe una relación positiva entre la ocupación laboral de las mujeres (y los hombres) y la fecundidad. Además, afirmo que lo acertado es trabajar con las características femeninas y masculinas, y con las interrelaciones que entre ellas se establecen. Una vez más, las fuentes nos limitan: la Estadística de Población y Vivienda de 1996 recoge información sobre fecundidad masculina, pero no sobre la interrelación entre las características de los hombres y de las mujeres. No obstante, no descarto trabajar en el futuro con una muestra de hogares, en vez de personas, lo cual permitiría relacionar las características de los miembros de aquellas parejas que comparten el mismo domicilio.

Es evidente que la construcción de indicadores de fecundidad masculina no explica las relaciones que se establecen entre las personas ni las estrategias reproductivas que éstas adoptan, pero sí ayuda a transformar a los hombres en sujetos corresponsables de los procesos de reproducción. Sabemos que éste no es sino un pequeño avance, y que el objetivo a largo plazo es entender por qué las personas, las parejas, las familias toman determinadas decisiones con respecto a la fecundidad. A pesar de ello, creemos que la visibilidad estadística es un primer paso al que se puede contribuir desde una perspectiva demográfica y con las fuentes cuantitativas de que en este momento disponemos. Nos proponemos, pues, avanzar en la construcción de indicadores de fecundidad masculina, valiéndonos para ello de la EPV96.

La fecundidad de las generaciones de hombres nacidos entre 1911 y 1980

Como ya se ha avanzado, los análisis de la fecundidad femenina y masculina no se han abordado a través de las mismas fuentes de datos, obteniéndose, por lo tanto, indicadores diferentes para cada uno de los sexos. A pesar de ello, recurriremos ahora también a la clasificación generacional utilizada en el caso de las mujeres⁴, con el objetivo de, por un lado, facilitar la comparación y, por otro, dotar de un sentido unitario a la investigación.

A través de la pregunta sobre el total de hijos habidos se puede calcular la descendencia alcanzada por cada generación de hombres y también la proporción de éstos que han tenido determinado número de hijos. La EPV96 permite, además, combinar esta información con variables socioeconómicas como ahora son el estado civil, el nivel de instrucción, la relación con la actividad o el territorio. Lamentablemente, no ofrece ningún tipo de información relativa al calendario de la fecundidad.

Se ha calculado la descendencia media alcanzada por las generaciones, complementándose estos indicadores con otro tipo de información, no circunscrita a la media, a fin de ilustrar la diversidad en el seno de los comportamientos generacionales. Puesto que la educación y la actividad laboral son cuestiones que, tradicionalmente, se han ligado de un modo u otro a la fecundidad, se ha optado por avanzar en el análisis de variables ligadas a estos fenómenos, dejando para mejor ocasión otros temas.

¿Siguen evoluciones paralelas la fecundidad masculina y femenina?
¿Existe una fecundidad masculina diferencial asociada al nivel de instrucción y la relación con la actividad? El descenso de la fecundidad ¿se ve acompañado de una homogeneización de comportamientos? Éstas son algunas de las cuestiones que guiarán el análisis.

Pero, ¿qué sabemos de la educación y la actividad de estas generaciones? Hasta bien entrado el siglo XX, el acceso a la instrucción ha estado mediatizado por el status social y el género, resultando escaso y económicamente preseleccionado el porcentaje de personas que alcanzaba un nivel educativo superior al primario. En los últimos 30 años, a partir de la Ley General de Educación de 1970, la educación se ha universalizado, mejorando tanto su calidad como su variedad, transformándose así su significado social. Arregi y Larrañaga (1998) señalan que, a pesar de estas transformaciones, de la rigidez del sistema educativo se deriva que aquellas personas que no hubiesen alcanzado un determinado nivel de instrucción a la edad fijada como correspondiente (Primaria, 6/14 años, Secundaria 15/18 años, Superior 19/22-25 años) tienen una probabilidad muy alta de no alcanzarlo

4. 1911-25, 1926-35, 1936-50 y 1951-60, incluyéndose también datos para los nacidos en 1961-70 y 1971-80.

jamás. Se puede inferir, pues, que el nivel de instrucción de estos hombres no ha variado con el tiempo y que, en general, cuando fueron padres estaban situados en la misma categoría que en la actualidad.

El estudio de la relación con la actividad de las generaciones plantea mayores problemas que el de la educación. En este último caso, la única posibilidad de cambio es que una persona incremente su nivel de instrucción y, como ya se ha explicado, la rigidez del sistema educativo dificulta notoriamente que esto suceda a edades inusuales. En cambio, la relación con la actividad varía a lo largo de la vida y, además, ha estado y está muy influenciada por las relaciones de género. Por otro lado, se han registrado importantes cambios generacionales: desde la edad de inicio de la actividad hasta fenómenos como el paro afectan de modo diverso y en momentos diferentes a las generaciones estudiadas. En este sentido, hay que destacar las transformaciones que han tenido lugar en último cuarto de siglo y que afectan a algunas de las generaciones estudiadas. Destaca, entre otros, que los porcentajes de actividad masculina descienden para todos y cada uno de los grupos de edad, si bien cabría destacar la disminución acaecida entre los menores de 25 y los mayores de 54 años; en las edades centrales, el porcentaje de activos es superior al 90 por ciento. En cuanto al estado civil, los mayores porcentajes de activos los ostentan los hombres casados, exactamente al contrario de lo que sucede entre las mujeres.

A pesar de los problemas que plantea esta variable, la centralidad que la actividad ha desempeñado en los discursos en torno a la fecundidad aconseja introducirla en el análisis. Evidentemente, y puesto que la EPV96 no recoge información longitudinal al respecto, el análisis de esta variable no tiene sentido en el caso de las generaciones más antiguas, ya que la mayoría de los sujetos están jubilados y, por lo tanto, ubicados en la misma categoría⁵.

Como se ha señalado, el nivel de instrucción se ha recodificado de la siguiente manera: *analfabetos, sin estudios, primarios, profesionales, secundarios, medio-superiores y superiores*. En cuanto a la relación con la actividad, se han utilizado las categorías *ocupado laboral, parado con actividad no laboral, ocupado no laboral, parado estricto y otras personas sin actividad*⁶.

5. El 97,2 por ciento de los hombres nacidos en el período 1911-25 y el 81,4 de los que vinieron al mundo en 1926-35 están ubicados en la categoría *otras personas sin actividad*.

6. Categorías correspondientes a la variable *Actividad jerarquizada* (definida por el Eustat).

Tabla 7. Descendencia media alcanzada por las generaciones de hombres e infecundidad masculina. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	TODOS			ALGUNA VEZ UNIDOS		
	Descendencia media		Infecundidad	Descendencia media		Infecundidad
	Media	Desviación	(% sin hijos)	Media	Desviación	(% sin hijos)
1911-15	2,8	2,1	11,8%	3,0	2,0	5,8%
1916-20	2,7	1,9	12,6%	2,9	1,8	6,5%
1921-25	2,6	2,0	14,8%	2,9	1,9	7,6%
1926-30	2,4	1,8	15,7%	2,7	1,7	7,0%
1931-35	2,5	1,7	14,1%	2,7	1,6	5,3%
1936-40	2,4	1,5	13,0%	2,6	1,4	4,1%
1941-45	2,2	1,3	13,8%	2,4	1,2	4,0%
1946-50	1,9	1,1	16,3%	2,1	1,0	4,7%
1951-55	1,5	1,0	19,5%	1,8	0,8	6,8%
1956-60	1,2	1,0	30,3%	1,5	0,8	12,5%
1961-65	0,5	0,8	62,4%	0,9	0,8	36,9%
1966-70	0,1	0,4	90,6%	0,5	0,7	62,4%
1971-75	0,0	0,2	98,5%	0,5	0,6	60,9%
1976-80	0,0	0,1	99,8%	0,4	0,5	58,3%

Fuente: EPV96 (Eustat).

Tabla 8. Distribución de los hombres, según el número de hijos habidos y el grupo generacional. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	0	1	2	3	4 y más
1911-25	13,6%	12,5%	26,1%	20,6%	27,1%
1926-35	14,8%	11,1%	30,5%	21,1%	22,3%
1936-50	14,5%	12,0%	40,3%	21,5%	11,8%
1951-60	25,2%	25,3%	41,4%	6,7%	1,4%
1961-70	76,5%	16,1%	6,6%	0,7%	0,1%
1971-80	99,1%	0,7%	0,1%	0,0%	0,0%

Fuente: EPV96 (Eustat).

Tabla 9. Distribución de los hombres sin hijos, según estado civil de hecho y grupo generacional. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	% de hombres sin hijos	Soltero no cohabitante	Casado conviviendo	Cohabitante no casado	Viudo no cohabitante	Divorciado no cohabitante	Separado de hecho
1911-25	13,6%	52,5%	38,1%	0,9%	6,5%	0,0%	2,0%
1926-35	14,8%	63,1%	32,2%	0,9%	3,3%	0,0%	0,6%
1936-50	14,5%	73,7%	21,5%	2,0%	0,6%	0,4%	1,8%
1951-60	25,2%	68,4%	22,1%	5,3%	0,4%	0,9%	2,9%
1961-70	76,5%	76,1%	15,5%	5,9%	0,0%	0,1%	2,3%
1971-80	99,1%	98,8%	0,5%	0,6%	0,0%	0,0%	0,1%

Fuente: EPV96 (Eustat).

Tabla 10. Distribución de los hombres con hijos, según estado civil de hecho y grupo generacional. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	% de hombres con hijos	Soltero no cohabitante	Casado conviviendo	Cohabitante no casado	Viudo no cohabitante	Divorciado no cohabitante	Separado de hecho
1911-25	86,4%	0,0%	83,1%	0,4%	15,1%	0,1%	1,2%
1926-35	85,2%	0,1%	92,4%	0,5%	4,9%	0,4%	1,8%
1936-50	85,5%	0,2%	94,5%	0,9%	1,3%	0,7%	2,3%
1951-60	74,8%	0,6%	90,0%	3,0%	0,4%	0,9%	5,1%
1961-70	23,5%	2,2%	85,7%	5,2%	0,2%	0,6%	6,0%
1971-80	0,9%	17,9%	60,3%	17,9%	0,0%	0,0%	3,8%

Fuente: EPV96 (E-ustat).

Tabla 11. Descendencia media alcanzada por las generaciones de hombres, según el nivel de instrucción. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	Analfabetos	Sin estudios	Primaria	Profesional	Secundaria	Medio-Superiores	Superiores
1911-25	2,7	2,8	2,6	2,7	2,6	2,5	3,0
1926-35	2,9	2,5	2,4	2,5	2,5	2,8	3,0
1936-50	2,1	2,3	2,1	2,0	2,0	2,2	2,1
1951-60	0,4	1,3	1,4	1,3	1,3	1,2	1,3
1961-70	0,2	0,5	0,4	0,3	0,3	0,2	0,2
1971-80	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0

Fuente: EPV96 (Eustat).

Tabla 12. Descendencia media alcanzada por las generaciones de hombres, según la relación con la actividad. Comunidad Autónoma de Euskadi, 1996

	Ocupado laboral	Parado con actividad no laboral	Ocupado no laboral	Parado estricto	Otras
1911-25	2,7		2,8	3,1	2,7
1926-35	2,5	3,0	1,7	2,6	2,4
1936-50	2,1	2,0	1,7	2,1	2,1
1951-60	1,4	1,4	0,6	1,0	1,0
1961-70	0,4	0,0	0,1	0,2	0,3
1971-80	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1

Fuente: EPV96 (Eustat).

Las generaciones 1911-15, 1916-20 y 1921-25

Los hombres nacidos entre 1911 y 1920 sufrieron de forma directa los efectos de la guerra civil, guerra que causó estragos entre los miembros masculinos de estas generaciones, generando las más bajas relaciones de masculinidad registradas para el conjunto de las generaciones del siglo⁷. Uno de los fenómenos demográficos asociados a la *quinta del biberón*, así como a la generación que le precede, es la incidencia diferencial de la soltería entre los hombres y las mujeres. Por otro lado, la agitación no es buena compañera de la marcha nupcial y, entre 1930 y 1940, estas generaciones se casaron de forma muy poco intensa, si bien el fin de la contienda supuso una recuperación de la nupcialidad, debido a la celebración de numerosos matrimonios postpuestos (Luxán; 2000). Las consecuencias de este retraso se han analizado en la sección dedicada al estudio de la fecundidad femenina⁸.

Como puede verse en la Tabla 7, se trata de las generaciones de hombres que mayor descendencia final alcanzan, siendo también las que presentan los mayores porcentajes de infecundidad. Así, los nacidos en 1911-15 tenían, en 1996 y por término medio, 2,8 hijos, pero el 11,8 por ciento no había tenido ninguno. Si comparamos estos datos con los correspondientes a las generaciones de mujeres, se observa que el porcentaje de hombres infecundos era menor y la descendencia media alcanzada por éstos mayor. Es decir, que en el seno de estas generaciones encontramos más hombres que han tenido algún hijo y, además, los hombres habrían tenido, por término medio, más hijos que las mujeres. ¿Por qué sucede esto? Una de las claves es la incidencia de la soltería definitiva, puesto que en el seno de estas generaciones el porcentaje de mujeres que nunca había formado una unión es significativamente superior al de los hombres.

7. Entre los 20 y los 40 años no supera el 90, es decir que había menos de 90 hombres por cada 100 mujeres.

8. La información censal no permite el análisis del calendario de la fecundidad.

Pero fijémonos ahora en aquellos alguna vez unidos. La descendencia media alcanzada es mayor (3 para los nacidos en 1911-15, 2,9 para el resto) y el porcentaje de hombres sin hijos mucho menor (entre 5,8 y 7,6 por ciento, según la generación). Efectivamente, ver Tabla 10, la fecundidad de los solteros no cohabitantes, es decir, de aquellos hombres que nunca han formado una unión es insignificante (0,0 por ciento), cuestión que explica esta relación.

Por otro lado, mientras que la tendencia de la descendencia final es a reducirse, la proporción de hombres sin hijos aumenta cuanto más reciente es la generación: de los nacidos en 1921-25 un 14,8 por ciento del total y un 7 por ciento de los alguna vez unidos nunca fueron padres, siendo éstos los mayores porcentajes registrados entre las generaciones que ya han acabado su trayectoria de fecundidad. Además, como ilustra la Tabla 9, únicamente un 52,5 por ciento de los hombres que no han tenido ningún hijo son solteros no cohabitantes; es decir, que no se puede desdeñar la importancia de la infecundidad en el seno de las uniones. Destaca también la importancia de la proporción de hombres, 47,7 por ciento, con 3 o más hijos (ver Tabla 8).

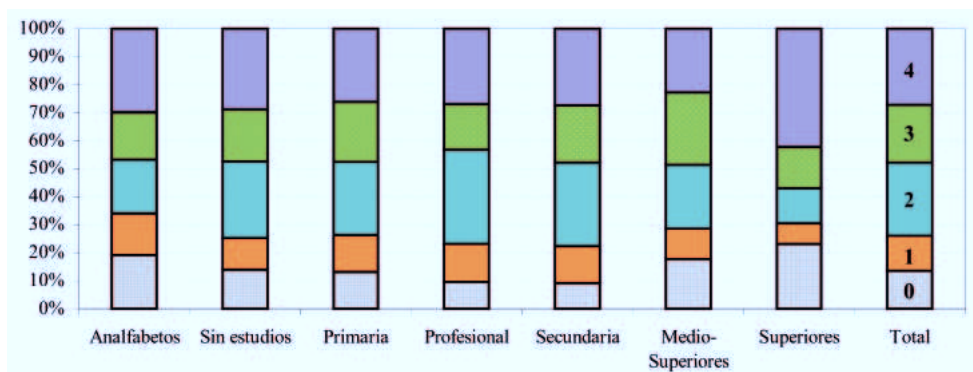
En cuanto al nivel de instrucción, antes de interpretar los resultados, cabe destacar que el 64,2 por ciento de estos hombres habrían concluido la primaria, mientras que 18,6 por ciento no tiene estudios. Si observamos estos grupos, que son en definitiva los más numerosos, podríamos concluir que existe una relación negativa entre el nivel de instrucción y la fecundidad masculina. No obstante, como puede observarse en Tabla 11, el comportamiento fecundo de aquellos que cursaron formación profesional o estudios superiores apunta en la dirección opuesta.

Otra forma de acercarnos al estudio de la incidencia del nivel de instrucción es a través del Gráfico 3. En él se ha representado la distribución del porcentaje de hombres que ha tenido 0, 1, 2, 3 ó 4 y más hijos, clasificándolos, eso sí, según su nivel de instrucción. Como puede observarse, los mayores porcentajes de infecundidad así como las mayores descendencias finales se concentran en los grupos extremos: analfabetos y aquéllos con estudios superiores. Por otro lado, los hombres con educación secundaria o profesional parecen ser los que presentan menores porcentajes de infecundidad. Ni estos resultados ni otras pruebas que se han realizado⁹ nos permiten establecer una relación clara entre el nivel de instrucción alcanzado y la fecundidad de los hombres nacidos entre 1911 y 1925.

Quedémonos, pues, con que estas generaciones destacan por ser las que presentan mayores descendencias finales, así como mayores porcentajes de infecundidad, ya nos refiramos a todos los hombres o solamente a aquéllos que alguna vez formaron una unión.

9. Se han realizado pruebas basadas en correlaciones y regresiones, sin que se haya obtenido ningún resultado significativo.

Gráfico 3. Distribución de los hombres nacidos en 1911-25, según el número de hijos habidos y el nivel de instrucción. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

Las generaciones 1926-30 y 1931-35

Se trata de generaciones nacidas antes de la guerra civil y socializadas durante la postguerra. Es interesante subrayar que se produce un cambio en la relación de masculinidad generacional que será, a partir de los 25 años, superior a 100. En otras palabras, que los contingentes de hombres de estas generaciones son superiores a los de mujeres. La razón radica en los procesos inmigratorios y una de sus consecuencias demográficas es el cambio en los porcentajes de soltería.

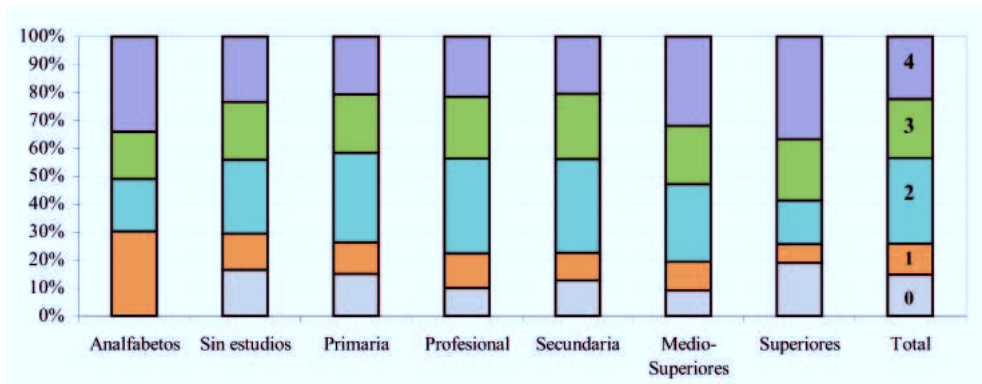
Efectivamente, éstas son las primeras generaciones de todo el siglo en las que la soltería definitiva masculina supera a la femenina, siendo, además, superior a la de generaciones anteriores. La descendencia media alcanzada es de 2,45 hijos por hombre, cifra que aumenta a 2,7 si no tenemos en cuenta aquellos que nunca formaron alguna unión. Con respecto a las mujeres, sucede lo contrario que en la generación anterior, puesto que son ellas las que presentan descendencias finales mayores y porcentajes de soltería definitiva inferiores. Pero, si observamos el colectivo de personas alguna vez unidas, veremos disminuir las diferencias; es decir, que las diferencias de fecundidad se explican, en buena parte, por la incidencia diferencial de la soltería. Por otro lado, los hombres de estas generaciones son protagonistas de una reducción de la infecundidad matrimonial, fenómeno que también experimentan las mujeres, a la vez que ostentan los mayores porcentajes de hombres sin hijos de todas las generaciones cuya andadura fecunda puede darse por finalizada.

Veamos todo ello en cifras. El 15,7 por ciento de los hombres nacidos en 1926-30 nunca fueron padres, reduciéndose la infecundidad a un 14,1 por ciento entre los hombres de la generación 1931-35. En cuanto a la infecundidad en el seno de las uniones, se trata de un 7 y un 5,4 por ciento res-

pectivamente, resultando que el 63,1 por ciento de los hombres que no han tenido hijos son solteros no cohabitantes. No obstante, con la generación 1931-35 se rompe la tendencia al alza que venía registrándose, tanto nos refiramos al total de hombres como a aquellos alguna vez unidos. Por último, se constata que la fecundidad extramarital sigue siendo insignificante (ver Tabla 10), así como el aumento de la proporción de hombres que tienen dos descendientes.

Por lo que a la instrucción se refiere, la descendencia media alcanzada parece describir esa famosa U que sitúa las mayores descendencias en las categorías extremas y las menores en el centro. Una vez más conviene aportar información sobre la distribución de estos hombres según su nivel de instrucción: el 64,3 por ciento de ellos tiene instrucción primaria, el 13,3 por ciento no tiene estudios, un 13 por ciento estudios profesionales o secundarios y más de un 8 por ciento medios-superiores o superiores.

Gráfico 4. Distribución de los hombres nacidos en 1926-35, según el número de hijos habidos y el nivel de instrucción. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

En definitiva, se trata de generaciones protagonistas de importantes cambios con respecto a las relaciones de masculinidad y a la soltería definitiva. Por un lado, se invierte la tendencia que apuntaba a un aumento de la infecundidad, pero a la vez destacan por ser generaciones con porcentajes de infecundidad importantes. Además, se ralentiza el descenso de la descendencia media alcanzada.

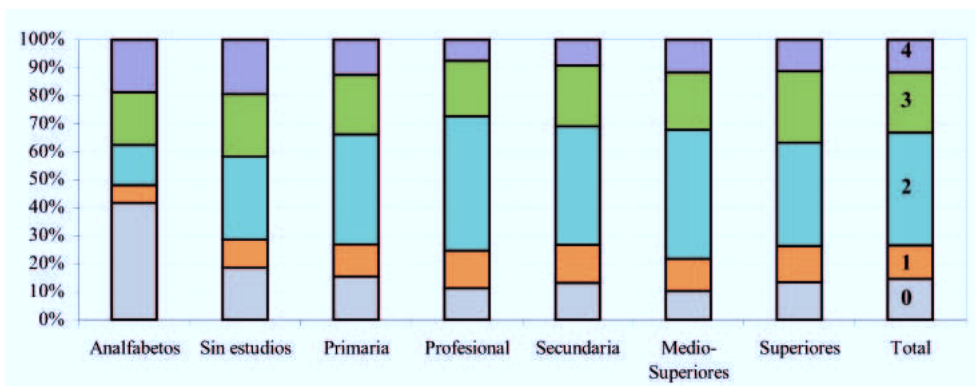
Las generaciones 1936-40, 1941-45 y 1946-50

Las generaciones de hombres nacidas durante e inmediatamente después de la guerra civil se caracterizan por ostentar los menores porcentajes de infecundidad marital (en unión) masculina del conjunto de generaciones

estudiadas; más del 95 por ciento de los hombres que formaron alguna unión tuvieron, al menos, un hijo. En cuanto a los porcentajes de infecundidad general, entre el 13 y el 14 por ciento de los nacidos entre 1936 y 1945 no tuvo ningún hijo, aumentando la proporción a 16,3 en el caso de los nacidos en 1946-50. En efecto, la tendencia al descenso de la infecundidad se invierte en el seno de este grupo de generaciones. Por otro lado, es evidente que si los porcentajes de infecundidad en el seno de las uniones han descendido tanto, la infecundidad general se deberá, en buena parte, al comportamiento de aquéllos nunca unidos; como puede verse en la Tabla 9, el 73,7 por ciento de los hombres de estas generaciones que no han sido padres, tampoco formaron unión alguna.

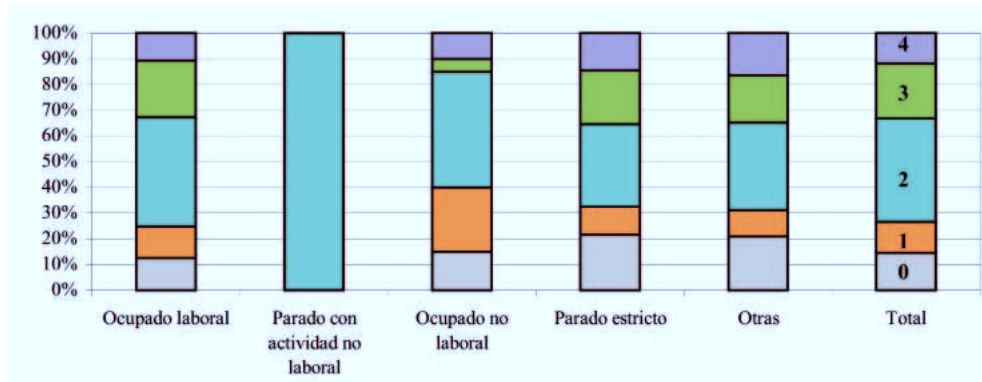
A pesar de presentar niveles de infecundidad relativamente pequeños, estas generaciones son protagonistas de una notoria reducción de la descendencia media alcanzada. Así, los hombres nacidos en 1936-40, 1941-45 y 1946-50, tuvieron, por término medio 2,4, 2,2 y 1,9 hijos respectivamente. Entre los hombres alguna vez unidos se da una reducción semejante, también de 0,5 hijos por hombre, resultando 2,6, 2,4 y 2,1 los hijos habidos en cada una de las generaciones. ¿Cómo puede conjugarse una disminución de la infecundidad con una reducción de la descendencia alcanzada? La respuesta está en la Tabla 8. Obsérvese como disminuye la importancia de los hombres con 3 y más hijos, 33,3 por ciento, mientras que los que han tenido dos criaturas suponen el 40,3 por ciento de los efectivos del grupo. La reducción de la descendencia en el seno de estas generaciones está, por lo tanto, asociada a una reducción de los nacimientos de orden superior a 2, y no a un aumento de la proporción de la infecundidad masculina. Por otro lado, se incrementa tímidamente la proporción de padres cohabitantes, así como la de divorciados y separados (ver Tabla 10).

Gráfico 5. Distribución de los hombres nacidos en 1936-50, según el número de hijos habidos y el nivel de instrucción. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

Gráfico 6. Distribución de los hombres nacidos en 1936-50, según el número de hijos habidos y la relación con la actividad. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

En cuanto al nivel de instrucción, destacar que más de la mitad (el 55,9 por ciento) de los hombres de este grupo generacional tienen estudios primarios, la presencia de analfabetos es insignificante y el 12 por ciento tienen estudios medio-superiores o superiores. Así, los hombres sin estudios, que han alcanzado por término medio una descendencia ligeramente mayor (2,3 hijos), representan únicamente el 6,3 por ciento de los efectivos. Por otro lado, aquéllos con formación profesional y secundaria habrían tenido una descendencia ligeramente inferior, 2 hijos por hombre. A pesar de todo ello, el alto grado de homogeneidad con respecto a la instrucción, unido a la magnitud de las diferencias, impide establecer cualquier asociación significativa entre la fecundidad masculina y el nivel de instrucción.

Con respecto a la actividad, podemos afirmar que de la relación con la misma no se deriva una fecundidad masculina diferencial, puesto que los hombres de todas las categorías tienen 2 o 2,1 hijos por término medio, exceptuando a los ocupados no laborales (grupo absolutamente marginal, 0,0 por ciento de los efectivos, y que no debe tenerse en cuenta). En principio, no parece que el paro haya afectado de forma negativa a la fecundidad de estos hombres, de los que un 9,9 por ciento son parados estrictos. No obstante, y teniendo en cuenta el proceso de reconversión industrial y los cambios en el mercado de trabajo, esta posición no refleja en absoluto la que tenían en el momento en que tuvieron los hijos. Es decir que, en muchos casos, la llegada de los hijos habría sido anterior a la adquisición de la actual relación con la actividad. No se puede, por tanto, extraer conclusiones definitivas.

En resumen, se trata de las generaciones en las que menor ha sido la infecundidad en el seno de las uniones y que han continuado con la progresiva reducción de la fecundidad, articulando ambos comportamientos a través de la pérdida de importancia de la descendencia de orden superior a 3.

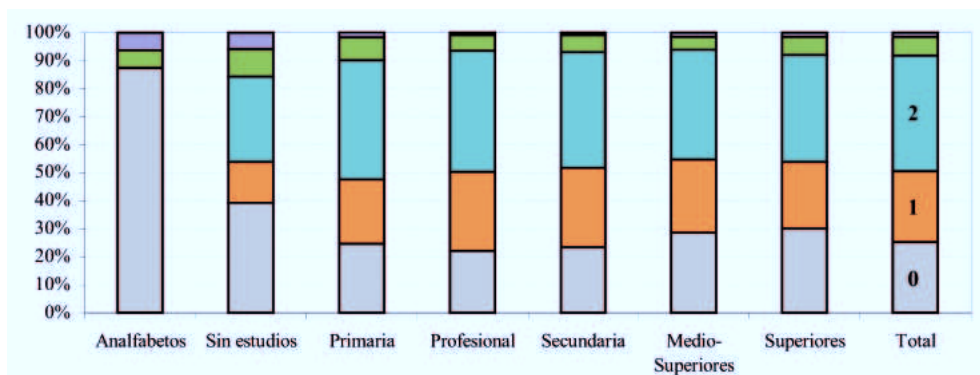
Las generaciones 1951-55 y 1956-60

Se trata de hombres cuya trayectoria fecunda aun no ha finalizado, es decir, que no se trata de resultados definitivos, de descendencias finales, sino que se analizan procesos inacabados. No obstante, basándonos en lo sucedido hasta 1996, podemos afirmar que se acelera el proceso de reducción de la descendencia alcanzada, resultando que los nacidos en 1951-55 han tenido 1,5 hijos, por término medio, mientras que la siguiente generación ha alcanzado una descendencia media de 1,2; en cuanto a los alguna vez unidos ostentan medias de 1,8 y 1,5 hijos por hombre, respectivamente.

Cabe subrayar lo espectacular del aumento de la infecundidad general, afecta al 25,2 por ciento de estos hombres, así como el notorio aumento de la infecundidad marital, que afecta, en el caso de la generación más reciente, al 12,5 por ciento de los hombres. Entre los que tienen hijos, sigue aumentando la importancia de los padres cohabitantes, divorciados y separados, lo que conlleva una relativa disminución de los casados (relativa, porque el 90 por ciento de los padres son hombres casados que conviven con sus parejas). Por otro lado, la infecundidad de los casados supone el descenso del porcentaje de infecundidad asociado a los solteros no cohabitantes. En este sentido, cabe señalar que probablemente éstas sean las primeras generaciones que se plantean el no tener hijos como una elección, como una opción de vida.

Entre aquéllos que optaron por la paternidad, la alternativa de la *parejita* se ha impuesto, el 41,4 por ciento de los hombres de estas generaciones es padre de dos criaturas, seguida por un 25 por ciento de hombres con un solo hijo. Cabe añadir que apenas no hay hombres con 4 o más hijos (un 1,4 por ciento) y muy pocos con 3 (el 6,7 por ciento).

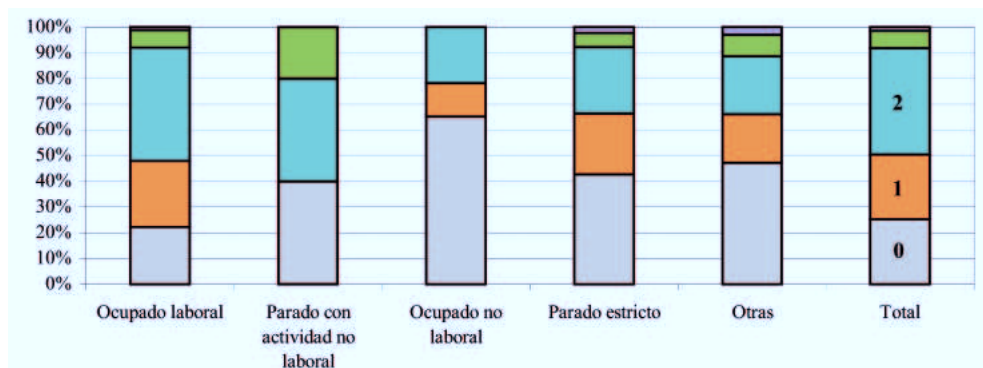
Gráfico 7. Distribución de los hombres nacidos en 1951-60, según el número de hijos habidos y el nivel de instrucción. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

En cuanto al nivel de instrucción, apenas hay diferencias reseñables, pese a que, a primera vista, pudiera parecer lo contrario. A pesar de que los analfabetos y los hombres sin estudios presenten unas pautas de fecundidad claramente diferenciada, hay que relativizar su importancia, puesto que no representan siquiera el 1 por ciento del grupo generacional y, además, dado que estas generaciones han participado de la educación obligatoria, pudiera tratarse de personas con serias discapacidades.

Gráfico 8. Distribución de los hombres nacidos en 1951-60, según el número de hijos habidos y la relación con la actividad. CAE, 1996



Fuente: EPV96 (Eustat).

Por último, antes de examinar las diferencias derivadas de la relación con la actividad veamos cómo se distribuyen estos hombres: el 86,4 por ciento son ocupados laborales, el 10,2 parados estrictos y el 3,1 se engloban en la categoría otros, siendo el resto de categorías insignificantes. Como puede observarse en la Tabla 12, el número medio de hijos de los hombres con ocupación laboral es 1,4, mientras que los parados estrictos y aquellos englobados en la categoría otros han tenido, por término medio, 1 hijo. Además, del Gráfico 8 se desprende que los hombres ocupados son padres en proporciones significativamente superiores al resto y que más del 50 por ciento tiene más de un hijo. Este hecho no es demasiado sorprendente, pues se trata de la gran mayoría de los hombres y ya hemos subrayado la importancia del colectivo con dos descendientes. En cuanto a los parados estrictos, un 42,8 por ciento no ha tenido hijos, mientras que el 25,9 tiene dos y el 23,6 por ciento uno. En principio, se constata la existencia de una asociación positiva entre la ocupación laboral y la fecundidad, aunque manteniendo siempre las reservas ya expresadas. Y es que, una vez más, nos queda la duda, ¿es la relación con la ocupación la que precede a la decisión reproductiva o es que quién tiene hijos necesita estar activo? Tal y como se nos presentan los datos no podemos saberlo.

En pocas palabras, se trata de hombres que tenían entre 36 y 45 años en 1996, es decir, que no habían agotado su período reproductivo. De todos

modos, y a pesar de que puedan registrarse algunos cambios, parece claro que ciertos comportamientos tenderán a mantenerse en el tiempo. Así, estos hombres han experimentado una considerable reducción de la fecundidad con relación a anteriores generaciones, situándose el número de hijos por término medio por debajo del 1,5 hijo por hombre, en general, y del 1,8 si nos referimos a los que han formado alguna unión (en este caso se trata de la descendencia media alcanzada en 1996; cabe pensar que, en el futuro, puedan registrarse ligeros aumentos de la misma).

Además, la infecundidad en el seno de las uniones aumenta, perfilándose el no tener hijos como una alternativa de vida, como una opción elegida por los miembros de la pareja. Este es, por otro lado, el único grupo que presenta una clara asociación entre la relación con la actividad y la fecundidad, apreciándose entre los ocupados laborales una descendencia alcanzada marcadamente superior a la del resto.

4. REFLEXIONES Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

¿Qué está pasando en la Comunidad Autónoma de Euskadi? ¿Por qué han sido tan extremos los cambios acaecidos en los procesos reproductivos? ¿Qué nos depara el futuro? La evolución de la constitución familiar en las últimas décadas ha originado éstas y otras preguntas, a la vez que ha propiciado el desarrollo de los estudios demográficos en Euskadi.

Y es que en 1976, tras varias décadas de crecimiento acelerado, los flujos migratorios se trasformaron en negativos y se redujo drásticamente la natalidad. En la actualidad, la Comunidad Autónoma de Euskadi es una de las regiones europeas de menor fecundidad, donde la intensidad nupcial es también muy baja y el crecimiento intercensal se ha tornado negativo.

Este estudio se ha concentrado en la reconstrucción de indicadores longitudinales de fecundidad, puesto que entendemos que conociendo cuál ha sido el comportamiento de las generaciones puede explicarse la evolución de una población, así como obtener información sustancial sobre el modo en que situaciones coyunturales han afectado a dicha población. Por otro lado, se ha hecho una apuesta por la presentación de información cuando menos atípica, tratando de superar el peso que las tendencias medias tienen en la explicación del comportamiento demográfico.

Si bien hemos acometido un estudio de la fecundidad en exclusiva, éste nos ha llevado a referirnos, indirectamente, a los procesos de formación de la pareja, procesos que, en la mayoría de los casos, preceden a la constitución de la descendencia. Subrayamos, una vez más, que los cambios provocados por la inhibición de las generaciones jóvenes con respecto a la formación familiar, no sólo afectan a sus protagonistas, sino también a las generaciones que les preceden, generaciones que se han visto abocadas a

adecuar sus comportamientos a la nueva situación. En este sentido, cabe destacar los cambios acontecidos tanto en la composición familiar como en las relaciones intergeneracionales.

Pero, ¿qué está sucediendo con las generaciones más jóvenes? En primer lugar, y por lo que a las uniones se refiere, no parece adecuado seguir planteando cohabitación y matrimonio como alternativas excluyentes, ya que la transición de un modelo de relación de pareja complementario a uno igualitario se estaría gestando tanto entre las parejas de hecho como entre los matrimonios. De este modo, aquellos factores que dificulten esta transición estarán inhibiendo la formación de nuevas parejas, sin importar de que tipo sean. ¿O tal vez no? Hasta ahora nos hemos referido a parejas que conviven, si algo caracteriza a las parejas de hecho es precisamente el compartir vida y vivienda. ¿Y aquellas que comparten la vida, los ingresos, las vacaciones... pero no la vivienda? ¿Qué sucede con esas mujeres y hombres jóvenes (o no tanto) que tienen una relación de pareja estable, pero que siguen viviendo cada cual en casa de sus progenitores? A mi entender este tipo de relaciones está muy extendido, y la explicación cabe buscarla tanto en la mejora de las relaciones familiares y en una mayor permisividad, como en la existencia de unas expectativas de vida personales, pero también familiares, que difícilmente pueden alcanzarse actualmente vía una emancipación temprana. Recuperando a McDonald (1997), podríamos decir que la extrema incoherencia en términos de equidad de género entre diferentes instituciones sociales estaría afectando al inicio de la convivencia de las parejas y, por tanto, incentivando estrategias alternativas, como la aquí descrita.

Por otro lado, la existencia de métodos anticonceptivos eficaces garantiza la disociación entre sexualidad y reproducción, de modo que la no convivencia no inhibe la existencia de relaciones sexuales, y al revés, de la existencia de las mismas tampoco se deriva, como había sucedido en épocas no tan lejanas, un matrimonio temprano. Lo que sí parece claro es que, en la mayoría de los casos, sin convivencia no hay reproducción.

Si la formación de la primera pareja puede considerarse que ha transcurrido por extremas veredas a lo largo del siglo XX, en el caso de la fecundidad, este adjetivo sería más adecuado para referirnos sobre todo al último cuarto de siglo, a la rapidez y a la magnitud del descenso de la fecundidad, así como al modo en que ha aumentado la edad media a la maternidad y la paternidad, y a la pérdida de importancia de los nacimientos de orden superior al segundo.

Así, a pesar de que la intensidad de la fecundidad empezase a descender a partir de 1976, será a principios de los ochenta cuando aumenten la edad media a la maternidad y la paternidad, puesto que se pone en marcha el descenso imparable de la fecundidad entre las mujeres y hombres menores de 30 años. Recientemente, a partir de 1994, se han producido tímidos aumentos del índice sintético de fecundidad, acompañados también de un incremento de la edad media a la fecundidad. Y es que son las mujeres y

hombres de entre 30 y 39 años las que ven aumentar la intensidad de su fecundidad; son aquéllas y aquéllos que en su mayoría no han sido aún madres ni padres y que ahora lo serán por primera vez.

Estaríamos ante una situación inversa a la acontecida en la segunda mitad de los setenta, cuando disminuyeron a la vez la intensidad de la nupcialidad y la edad media al matrimonio. Podríamos concluir que, tal y como sucedió entonces, esta evolución paralela no podrá durar mucho y que, en un futuro no muy lejano, la edad media a la maternidad y la paternidad descenderá. No obstante, es más la gente que tiene un segundo hijo que la que se casa por segunda vez y, por lo tanto, si el equilibrio entre primeros y segundos nacimientos se mantuviese, ese descenso tardaría en llegar. En mi opinión, lo que probablemente suceda es que en los próximos años aumentará el peso relativo de los segundos nacimientos, de modo que la edad media a la maternidad y la paternidad seguirá aumentado durante más tiempo del que se podría esperar basándonos en la experiencia de la década de los setenta, si bien este incremento estaría caracterizado por su suavidad.

Por otro lado, la mejora de la esperanza de vida se ha visto acompañado de un cambio en la percepción que los individuos tienen de su propia longevidad. La mayoría de las generaciones que actualmente están o podrían estar imbuidas en los procesos de formación familiar han conocido abuelas y abuelos, e incluso algunas a las madres y padres de éstos. Me atrevería a afirmar que la sensación de que la vida es larga y de que hay tiempo para todo, acompañada de un incremento notable de los años dedicados a la formación, también influye en la postergación del inicio de la convivencia en pareja, de la maternidad y la paternidad.

Así mismo, no podemos olvidar que durante buena parte del siglo XX se han reducido, de generación en generación, tanto la soltería definitiva femenina como la infecundidad generacional de las mujeres, y que estos procesos han estado acompañados por un importante descenso de la edad media a la maternidad y una importante concentración de la fecundidad, es decir, que habríamos asistido a la reducción del período de constitución de la descendencia. Pero esta tendencia al rejuvenecimiento y la concentración llegó a su fin con las generaciones de mujeres nacidas después de 1950. Apostando por la diversidad, las mujeres nacidas entre 1951 y 1960 protagonizaron un aumento del intervalo protogenésico, a la vez que presentaban, a los 20 años, la mayor descendencia acumulada de todo el siglo.

Detrás de toda esta argumentación, subyace la idea de que es necesario reflexionar sobre la dinámica demográfica actual, pero que es importante hacerlo sin alarmismo. Es cierto que el cambio de la estructura por edades en los últimos años ha sido importantísimo y que influirá en nuestra vida futura. Una de las cuestiones, en mi opinión y desde mi perspectiva generacional, más destacables es que no sólo viviremos con toda probabilidad una vida larga, sino que cuando alcanzamos edades avanzadas todavía estaremos

haciendo bastantes cosas. Pero lo mejor de todo es que también nuestras madres y padres, e incluso abuelas y abuelos, han disfrutado de ello y nosotras de poder compartirlo. En resumen, que el alargamiento de la vida y la mejora de la calidad de la misma a edades avanzadas es una cuestión de beneficio individual, a la mayoría de las personas nos es grata la idea de una vida más larga y en mejores condiciones de salud, y colectivo, puesto que las relaciones intergeneracionales pueden ser conflictivas, pero en todo caso son enriquecedoras y se establecen lazos de solidaridad que ayudan a seguir viviendo (véase la importancia que tienen hoy en día las abuelas y abuelos en la crianza de las criaturas).

Por otro lado, el análisis longitudinal rompe con una visión del comportamiento demográfico en la que la situación actual se contrasta con la de los años sesenta y principios de los setenta, de modo que existiría una visión demográfica popular según la cual antes todo el mundo se casaba joven y tenía muchos hijos. En una época en que la demografía es tan mentada en ámbitos no académicos, pocas veces oímos hablar de la importancia de la soltería definitiva en las generaciones nacidas a principios de siglo, o de que la importancia de la descendencia alcanzada a los 25 y 30 años por algunas de las generaciones que habitualmente se toman como modelo de normalidad represente un hito insólito en el conjunto del siglo.

Otra de las cuestiones que nos planteábamos era analizar con detalle el comportamiento masculino. En este sentido, se ha avanzado en la medida de lo posible, calculando indicadores para ambos sexos siempre que existiesen datos. Desde la perspectiva del análisis demográfico, y hasta fechas muy recientes, se ha hecho caso omiso de la importancia de las decisiones masculinas en torno a la reproducción, obviando así que las decisiones sobre el momento de tener hijos y el tamaño de familia resultante se toman, mayoritariamente, en pareja. La entrada de los hombres en escena significa que, tanto desde el punto de vista teórico como estadístico, se acaba con la exclusividad de la responsabilidad femenina, posibilitando, además, el análisis de la formación familiar desde un punto de vista de género. Por otro lado, podemos afirmar que la evolución del comportamiento reproductivo de hombres y mujeres, aunque insertada en una tendencia general de descenso de la fecundidad, no es paralela.

Queda pendiente un análisis más profundo de las relaciones que se establecen entre la fecundidad y variables como el nivel de instrucción y la actividad. Del análisis de los datos disponibles, únicamente se desprende que entre los hombres nacidos en 1951-60 existe una asociación positiva entre el contar con una ocupación laboral y la fecundidad. No obstante, las fuentes disponibles no permiten reconstruir las trayectorias de educación y laborales de forma longitudinal, ni tampoco trabajar con los datos referidos a ambos miembros de la pareja, lo cual limita el alcance del análisis.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ARREGI, Begoña y LARRAÑAGA, Isabel (1998). "La familia bien, pero según y como: problemas y reflexiones metodológicas". En *Actas del IV Congreso Vasco de Sociología*. Bilbao, Asociación Vasca de Sociología, vol. 1, pág. 106-110.
- ARREGI, Begoña y LARRAÑAGA, Isabel (2000). "Población". *Euskal AEko ikuspegí soziala*. Vitoria-Gasteiz, Eustat, pág. 1-47.
- ARREGI, Begoña y LARRAÑAGA, Isabel (2001). "A vueltas con la baja fecundidad: ¿Qué pasa en Euskadi?". *Actas del V Congreso Vasco de Sociología*. Bilbao: Asociación Vasca de Sociología. (En prensa).
- BECKER, Gary (1987). *Tratado sobre la familia*. Madrid: Alianza Editorial
- BLEDSON, Lerner y Guyer (eds.) (2000). *Fertility and the male life cycle in the era of fertility decline*. Oxford: Oxford University Press.
- COLEMAN, David (1995). "Male fertility trends in industrial countries: theories in search of some evidences". En *Male Fertility in the Era of Fertility Decline*. Liège: IUSSP
- DOMINGO, Andreu (1998). "La mujer inmigrada tras el velo estadístico", en *Papers de Demografia*, nº 146, pág. 1-13.
- DUPAQUIER, Jacques y Michel (1985). *Histoire de la démographie*. París: Librairie Académique Perrin.
- EUSTAT (1988). *Padrón Municipal de Habitantes de 1986 de la C.A. de Euskadi, 1986*. Tomo 1. Vitoria-Gasteiz: Eustat.
- EUSTAT (1989). *Encuesta Demográfica y de Validación. Tomo 2*. Vitoria-Gasteiz: Eustat.
- FOUCAULT, Michel (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- LUXÁN, Marta (2000). Nupcialidad y fecundidad en la Comunidad Autónoma de Euskadi. Tesis Doctoral presentada en la Universitat Autònoma de Barcelona.
- LUXÁN, Marta (2001). "Breve historia fecunda de las mujeres en la Comunidad Autónoma de Euskadi". En *Actas del V Congreso Vasco de Sociología*. Bilbao: Asociación Vasca de Sociología (mimeo).
- LUXÁN, Marta (2001). "Algunas cuestiones sobre la fecundidad en la Comunidad Autónoma de Euskadi" en las Jornadas *Nuevas estrategias para la familia. Aportaciones desde la ciencia, la política y la intervención social* Universidad Pública de Navarra: Iruña (mimeo).
- MCDONALD, Peter (1997). "Gender equity, social institutions and the future of the family". En *Woman and families*, Seminario organizado por el CICRED y la UNESCO. París, 1997 (mimeo).
- MIRET, Pau (1995). "Men and Women; Fatherhood, Motherhood in Spain; Church, State and Family". En *IUSSP Seminar on Male Fertility in the era of Fertility Decline*. Liège: International Union for the Study of Population.
- NACIONES UNIDAS (1958). *Handbook of Population Census Methods*, vol. 1. Nueva York: Statistical Office of the United Nations.
- NACIONES UNIDAS (2000). "Below Replacement Fertility." *Population Bulletin of the United Nations*, nº 40-41.

- OPPENHEIMER, V. K. (1994). "Women's rising employment and the future of the family in industrial societies". En *Population and Development Review*, nº 20 (2), pág. 293-342.
- OPPENHEIMER, V. K.; KALMIJN, M. y Lim, N. (1997). "Men's career development and marriage timing during a period of rising inequality." En *Demography* nº 34 (3), pág. 311-330.
- PÉREZ, Julio (2001). *Las generaciones españolas 1906-1945. estudio sociodemográfico de sus recorridos generacionales y sus características en la madurez*. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Educación a Distancia.
- POHL, Katharina (1995). "Attitudes of East versus West German Men on Having Children. Results of German Family and Fertility Survey". En *IUSSP Seminar on Male Fertility in the era of Fertility Decline*. Liège: International Union for the Study of Population.
- RECAÑO, Joaquín y LUXÁN, Marta (1997). *Un estudi de la fecunditat de Catalunya a partir de les dades del Cens de 1991*. Barcelona: Informe del Centre d'Estudis Demogràfics per al Institut d'Estadística de Catalunya. Mimeo.
- REHER, David-Sven y VALERO LOBO, Ángeles (1995). *Fuentes de información demográfica en España*. Madrid: CIS.
- ROWLAND, R. (1988). "Sistemas matrimoniales en la Península Ibérica. Una perspectiva regional". En *Demografía histórica en España*. Madrid: Ediciones El Arquero, pág. 72-137.
- TOULEMON, Laurent. y Lapierre-Adamcyk, Evelyne (1995). "Demographic Patterns of Motherhood and Fatherhood in France". En *IUSSP Seminar on Male Fertility in the era of Fertility Decline*. Liège: International Union for the Study of Population.